

EL ESPIRITU DE LA BOCA

Por Rubén Granara Insúa

En estos tiempos de grandes cambios en la forma de historiar el pasado, dando lugar a “reversionismos” y nuevas interpretaciones a viejos acontecimientos, no siempre ajustadas a la verdad histórica, nos resulta muy grato reafirmar algunos conceptos sobre La Boca del Riachuelo, “CUNA DE LA CIUDAD BUENOS AIRES”, en el mes que recuerda el 139º Aniversario de su Autonomía Jurisdiccional. No es tarea fácil resumir el contenido de lo que debiera ser una obra enciclopédica, y en eso andamos, los hechos y las glorias del acontecer ribereño en sus distintas facetas, las que hallaron eco universal.

Los Albores

Nos limitaremos a esbozar sucintamente algunos de los sucesos que conmovieron nuestra historia a partir de Febrero de 1536, cuando el malogrado Don Pedro de Mendoza desembarcó con lo más graneado de la nobleza española, fundando a pesar de la tragedia la primitiva Buenos Aires, como lo ha probado definitivamente el eminente historiador Don Enrique de Gandía.

El dolor de María Dávila frente al Primer Adelantado cubierto de llagas, el fantasma de Don Juan de Osorio injustamente asesinado, la locura de aquel soldado que sin saberlo se comió a su hermano y la bravía resistencia indígena, contribuyeron al acerbo novelesco del incipiente pueblo y puerto, recordados, aunque muchos no lo crean, con el obelisco porteño.

Asoma La Boca

Trescientos años después, ya en tierras del inglés, nuevos blasones acumula la alcurnia riachuelense, con el establecimiento de la Maestranza del bravo Almirante Guillermo Brown, en las cercanías de la Vuelta de Rocha y la llegada de los Lígures, libres pensadores de la construcción naval e indiscutibles creadores de La Boca, de su cultura y de su fama.

Don Antonio J. Bucich, historiador por antonomasia del pasado local, al exhumar entre otros personajes olvidados al inglés Diego Brittain y sus posesiones, propietario a partir de 1817 de esas tierras de “Extramuros” que luego de su muerte se vendieron o alquilaron dando consistencia al floreciente villorio, a fijado fehacientemente el inicio de aquella sociedad pujante y solidaria.

Nacimiento del Arte

La peculiaridad de sus habitantes compuestos por obreros, comerciantes, artesanos y artistas, muchos de ellos intelectuales y revolucionarios, conformaron un clima especial que entre otras realizaciones dio lugar al nacimiento del arte boquense, sin encasillamientos ni perteneciente a escuela alguna y sólo sostenido por el genio individual de sus hacedores, entre los cuales recordamos a: Francisco Parodi (1830-1892), escultor y dorador; Américo Bonetti (1865-1931), escultor; Francisco Caferatta, (1861-1890), primer escultor argentino en erigir un monumento en el país; Santiago Stagnaro (1888-1918), pintor, dibujante y periodista; Juan de Dios Filiberto, (1885-1964), músico creador de la canción porteña; Pedro Zonza Briano, (1886-1941), escultor, primer artista argentino ruidosamente celebrado en Europa; Benito Quinquela Martín, (1890-1977), pintor filántropo, el más popular y el fundador del “primer museo del pueblo”, son testimonios irrefutables de lo que se afirma.

El listado no se agota aquí, otros nombres de variados exponentes en distintas épocas lo completan. No faltan las mujeres: la eximia Cata Mórtola de Bianchi y Leónidas Maggiolo, ambas grabadoras. Debemos incluir también a escritores como Roberto Mariani, Enrique Gustavino, Hernani Mandolini y al poeta Francisco Isernia.

Suma de identidades

Garibaldinos y mazzinianos, refugiados en nuestras playas por sus luchas por la unidad italiana, desde sus logias y ventas se impusieron en aquel ambiente todavía criollo, donde las únicas banderas que flameaban en los rancheríos pertenecían a la “Santa Federación”. Ellos

levantaron con sus propias manos las casillas de tabla y zinc pintadas de rojo o verde y organizaron las primeras bibliotecas, teatros y sociedades. El trabajo, la familia y la pelea por una mejor calidad de vida fueron motivos de sus desvelos, hasta llegar a un tiempo en que a pesar de la falta de leyes sociales más justas, de una generación a otra se cambiaba de posición social, producto de esa férrea ambición de progreso en una república de ascendente prosperidad.

Luis A. Huergo, ingeniero insigne junto a su único e indiscutible Puerto en La Boca, fue quien vendría a reforzar el sostén económico de aquella gente, la que no olvidaría que fueron ocupadas en las obras del Riachuelo para lograr su navegabilidad. Las dos últimas décadas del siglo XIX y el comienzo del siglo XX sorprenden a La Boca en la plenitud de su acontecer. A los italianos de la Liguria se suman los sicilianos, toscanos y romagnolos, españoles de Galicia, eslavos del sur bajo el imperio austrohúngaro y otros de la gran inmigración en masa.

Las viejas casillas de tablas son trasladadas al fondo de los predios, donde los que ya hicieron “la América” construyen en sus frentes amplias y austeras casonas de material como las de los Liberti, Cárrega, Dallorso, Saccone, Vernengo, Cichero, Ragozza, Zelasco, Meinke, Torre, Roncoroni, Craviotto, Ungaro, Peri, junto a otros que poseedores de gran fortuna siguieron fieles a las casas de madera, verdaderos barcos en tierra firme de atrayente encanto y destacada pulcritud.

Hombres Libres

El movimiento obrero de entonces de profundas convicciones ideológicas e independiente del poder político de turno, integrado por anarquistas y socialistas, hizo vibrar la apacible ribera con el tañido de aquella histórica campana, que en Octubre de 1901, en manos del calafate Antonio Ciarlo, marcó las primeras ocho horas de trabajo en Sudamérica. Más tarde, en 1904, el doctor Alfredo Palacios, con el apoyo de los nombrados sumando a masones y mitristas se impondría desde la sección 4ª, “la de fierro”, como el primer diputado socialista de América.

Eran los días de la insobornable Federación de Obreros en Construcciones Navales y la no menos activa Federación Obrera Regional Argentina. Talleres, fábricas, frigoríficos, astilleros y barracas daban trabajo a miles de personas desde La Boca y su apéndice La Isla Maciel. Generaron así un inigualable emporio de riqueza que habría de extenderse hasta el año 1940.

Otras particularidades

La “piccola Italia”, “Piccola Genova” o “Capital de Buenos Aires”, como se la llamaba a La Boca, a pesar de ser ya un lugar cosmopolita, seguía bajo la influencia de las más puras costumbres genovesas e incluso su lengua “zeneize” siguió hablándose en el seno del hogar como en el recreo de las escuelas durante varias generaciones de argentinos. Mientras tanto en la Superba decaía su uso.

A su principal avenida, antiguo Camino Real de La Boca, se intentó llamarla alguna vez Edmundo de Amicis para recordar el paso del amado escritor por el barrio. Más tarde, derivada en la Almirante Brown de hoy, se pobló con el esplendor de importantes negocios, varias salas de cines, como el Olimpia, Bahía, Roma, Brown, Los Ángeles y teatros de la envergadura del “Iris” y el perteneciente a la Sociedad José Verdi, verdaderos templos de cuanta actividad cultural se desarrollara en la zona.

El Camino Viejo (camin veyu) o calle Necochea de prohibidos cafés con camareras, del célebre “Priano”, “El Molino” o “la Voladora” fue escenario durante muchos años de recordados encuentros tangueros de importancia vital en el inicio de nuestra máxima expresión musical; sin ambages se podría llamar a su ancestral cruce con la calle Suárez “Esquinas del nacimiento del Tango”, dado que allí ya en 1875 se lo bailaba.

Aún cuando la sociedad boquense constituía un trascendente centro de inquietudes estéticas de alto vuelo, emanadas de Academias y Conservatorios, Centros de Estudio y grupos filodramáticos (se destacaban la de los maestros Pezzini-Stiatesi, donde descollaron las clases de pintura, dictadas por Alfredo Lázzari). La Boca se veía involucrada por lo que sucedía en su vida nocturna, en los argumentos de sainetes o películas que la población culta rechazaba, por

considerarlos ofensivos y grotescos, a través de los diarios locales: El Nacional, El Cronista, La Pluma, Riachuelo.

El deporte complementaba las actividades recreativas de la juventud boquense, repartidas en las bochas, “la pelota” y las regatas, mientras que las damas preferían la declamación, el piano y el bordado. Fueron célebres y lo siguen siendo el mundial Boca Juniors y el gran River Plate, eternos rivales de ascendencia genovesa; sus encuentros daban lugar a interminables agasajos en lo de “Tuñín”, “Banchero”, “Guastavín” o en la confitería “La Camelia”. Reinaba la faina y fugassa, más tarde apareció la pizza. Los calurosos veranos se pasaban en los famosos recreos junto al arroyo Maciel: “El Niño” o “El Pasatiempo”, famosos lugares de sano esparcimiento, preferido por los amantes de las serenatas, el vino de la costa y los caracoles ¡ Cuántos matrimonios surgidos de aquellas fiestas se formalizaron ! Si bien las celebraciones históricas ítalo-argentinas encontraban entre los habitantes del barrio multitudinaria adhesión (el 20 de Septiembre, fecha que recuerda la caída temporal del Papado, el 25 de Mayo y el 9 de Julio) el carnaval fue el que movilizó a la población boquense en la organización de murgas y comparsas, conjuntos orquestales, centros criollos y máscaras sueltas.

Esos carnavales, por su original desenfado, no tuvieron rival durante más de medio siglo. Con trajes de terciopelo y sombreros emplumados, desfilaban las sociedades Unión de La Boca y José Verdi, poseedoras de las primeras bandas de música de la ciudad, junto a la “Perla del Plata”, “Salamín Zenza Piolita”, “Los Turcos de Barracas”, “ Los Amantes a la Castaña”, etc. El pueblo se apiñaba en las calles en indescriptible frenesí. Las principales familias con llamativos disfraces, ocupaban los palcos de la Avenida Almirante Brown. Otros vecinos, llevando a cuestras las sillas de roble del comedor, se acercaban para buscar una buena ubicación.

El Escudo de La Boca

En el año 1923, con la aparición de la “II República de La Boca”, quedó formalizado el escudo de la misma, que todo el barrio tomó como propio. Su diseño fue obra de la ilustre grabadora boquense Cata Mórtola de Bianchi, a pedido de su esposo el joyero y medallista Rogelio Bianchi, ambos integrantes activos de aquella cofradía.

Sin ajustarse a normas de la heráldica, en sus cuatro cuarteles se hallan los símbolos de la identidad que hizo popular al barrio: 1º) El puente Nicolás Avellaneda. 2º) La pequeña nave de la tradición marinera. 3º) Paleta y pinceles en alusión al arte. 4º) Rueda y elementos que representan el trabajo y en el centro la cruz roja del escudo de Génova, recordando a los creadores de La Boca.

A partir del 20 de Septiembre de 1986, la III República de La Boca rescata el azul-celeste que hoy ostenta en dos de sus cuarteles, basándose en documentos originales que poseía la autora. Con relación al primer escudo de 1882, citado por diversas fuentes periodísticas y otros comentarios acerca de una República de genoveses sofocada por el Presidente Roca, debemos aclarar que no existe, hasta ahora, prueba de rigor histórico que demuestre la verdad de esos hechos.

Hacia 1990, el emblema boquense fue oficializado por la Intendencia Municipal de La Ciudad de Buenos Aires, con la autorización de la familia Banchero, depositarios de la propiedad intelectual del emblema.

El color de La Boca

Mucho se ha hablado del color de La Boca y muy poco se ha escrito sobre su verdadero origen. Comenzaremos por el legendario “Pinetta”, pintor ambulante que decoraba a domicilio el interior de las primitivas casillas con primorosas guardas de llamativos tonos, los mismos que en general, como ya hemos mencionado, eran los rojos o verdes de sus fachadas.

Con estos colores se hallaba pintada la curva que más tarde, con el advenimiento de la era Quinqueliana, se convertiría en la primera calle multicolor del mundo: “Caminito”. El genial artista había logrado traspasar de manera casi mágica la policromía estridente de sus óleos a casi todo el barrio.

La transformación fue inmediata y contagiosa, en casas de madera y chapa o de material, patios y balcones, como en el interior y fachadas de sus fundaciones: Escuela-Museo

Don Pedro de Mendoza, Jardín de Infantes N° 1, Lactarium, Teatro de La Ribera, Instituto Odontológico Infantil y la Escuela de Artes Gráficas, lucieron tonos puros y brillantes, jamás apastelados, que se extendieron a las embarcaciones del Riachuelo y hasta a un trolebús. Los que tuvimos el privilegio de ver pintar a Don Benito, vaciando enérgicamente sobre la tela el contenido de los pomos: azules, rojos, amarillos o naranjas y esparciéndolos luego magistralmente con aquellas espátulas especiales que le fabricaba su secretario Oscar Martínez, sabemos que no se necesita estratificación alguna para buscar el color de La Boca y menos dar validez a la versión de que el maestro tenía determinada paleta para pintar el caserío; la verdadera consigna por él dictada era: “Pintar en colores, el color es vida”. Muchas veces desde su balcón me decía: “la gente dice que mis colores son imaginarios; observe usted los reflejos del Riachuelo, allí están, tan reales como en mis telas”. Yo, emocionado, asentía con un movimiento de cabeza.

Finalizando

Este relato histórico-social debiera culminar, entre otros importantes aspectos, con la segunda parte de su cronología, es decir, lo sucedido en La Boca del Riachuelo con la caída de su esplendor cultural, social y económico, hechos muy ligados a los distintos momentos políticos que vivió la Nación. Razones de tiempo y espacio lo impiden, pero a modo de colofón diremos que “EL ESPIRITU BOQUENSE” no ha muerto.

Desde nuestro Museo Histórico de La Boca, primer Museo de la Inmigración Ligure en el Mundo, sede de la República de La Boca, mantenemos la resistencia. Otras entidades, como La Ligure, El Ateneo e Impulso siguen en la brecha, junto a La Sociedad Yugoslava, La Parroquia San Juan Evangelista y Los Bomberos Voluntarios de La Boca, la Escuela William Morris y el Movimiento Vecinal por el Resurgimiento de La Boca del Riachuelo. Desde hace algunos años La Fundación Proa y El Museo del Arte Construido, prestigian con relevante accionar la cultura Boquense.

Vayan las últimas palabras en homenaje a “La Peña” del Café Tortoni, insoslayable espacio de la bohemia de Buenos Aires, creada por notables personalidades argentinas, entre ellas varios boquenses: Benito Quinquela Martín, Juan de Dios Filiberto, Francisco Isernia, Celestino Piaggio y Alfredo Schiuma. No fueron los únicos que incursionaron en la gran Avenida de Mayo. Muy cerca de allí se encontraba la tradicional “Casa Gargiulo”, de pipas, paraguas y bastones, cuyo propietario vivía en la Avenida Almirante Brown, donde terminó sus días.

Rubén Granara Insua

Presidente de la Fundación Museo Histórico de La Boca y de la República de La Boca

(Publicado en <http://museohistoricodelaboca.blogspot.com.ar/2011/10/el-espiritu-de-la-boca>, el viernes 7 de octubre de 2011).